

monumento. Y lo mismo sucedió al Panteón. Solamente la llegada del ejército pudo impedir que á tierra se viniera aquella obra donde resplandece el espíritu de ese siglo pasado que á todos ha redimido y donde Francia espera aun reunir á los hijos ilustres dignos de dormir en el mausoleo de todas las grandezas el divino sueño de la gloria.

Comprendo, sin justificarlo jamás, que los comuneros hayan quemado estos edificios en su odio á la monarquía y á la Iglesia. Comprendo que la defensa les llevara hasta reducir á cenizas, por ejemplo, el teatro lírico y el teatro de la Puerta de San Martín. Comprendo todo eso fácil, muy fácilmente. Pero jamás he comprendido cómo desarraigaron de aquel suelo sagrado de la Plaza de Greve el monumento por excelencia de los pueblos, la Casa de la Ciudad, testigo de los combates y de las glorias de la democracia francesa. Todavía los retraimientos del trabajador, su apelación al Aventino de la huelga, se llama hoy en la clara y elegante lengua parisien *greve*, como para indicar que ese sitio es el núcleo de la vida y de la libertad de los siervos. Los primeros navegantes del Sena se congregaron por esos espacios: Los prebostes de los mercaderes, que opusieron á la soberbia del rey, á la soberbia del noble y á la soberbia del clero, los derechos y votos de los pueblos, ahí tronaban. De esos salones salieron, como de las grutas de Eolo el huracán, las ideas que encrespaban las guerras de la Fronda, y que esparcieron tantos gérmenes republicanos en la antigua capital de Europa. Ahí puso París el lazo tricolor en el hojal de Luis XVI, que fué como vestir á la monarquía con los sayales de sus siervos, humillándola más que en el cadalso. De ahí se partieron los que, al tomar y destruir la Bastilla, tomaron y destruyeron la antigua sociedad. Su campana fué la primera en lanzar el clamor de rebato contra los reyes, la noche del diez de Agosto, noche creadora en el génesis de los pueblos. La omnipotencia de Ro-

bespierre y de la Junta de Salvación Pública, que llegó hasta vencer á todos los reaccionarios de Europa, encontró en la Casa de la Ciudad su origen y su fuerza. En ella habitó la antigua Comunidad que remedaban los nuevos comuneros. Sobre el rellano de su gran escalera, proclamó Lafayette el definitivo destronamiento de los Borbones, y Ledru Rollin la República de Febrero. Y si ahí Lamartine contuvo con la magia de su palabra el oleaje de la demagogia, ahí también se elevaron los que destruyeron el faraónico Imperio de los Bonapartes, y asentaron definitivamente sobre la monárquica tierra de Francia las sólidas bases de duradera República. ¡Ah! comuneros, si no sentís amor al arte; respeto por esa arquitectura del Renacimiento, en la cual floreció el espíritu humano; si no queréis perdonar las columnas estriadas, los chapiteles corintios, los ángeles y los géneos esculpidos en las ventanas, los mármoles de esas maravillosas estancias, los frescos de Ingres que parecen los últimos apagados rayos del sol de la Grecia dando en la espaciosa frente del género humano, la apoteosis que del trabajo y de sus luchas ha trazado en la galería de las fiestas el pincel de Lehmann; si tantas grandezas no conmueven vuestros empedernidos corazones, perdonad á lo menos esas estatuas de la fachada, efigies de los hombres mayores que ha engendrado París; perdonad á Condorcet, que ha llevado á la conciencia de este siglo la idea del progreso; á Moliere que es vuestro, hijo del pueblo como vosotros, artista y artesano, timbre inmortal por autor y por actor de la plebe; á Lavoissier, que ha fundado la química moderna, de cuyos milagros tanto podeis esperar para vuestros hijos; á Turgot, que elevó al poder la reforma para evitar la revolución; al abate L'Epee, que, como Cristo, hizo oír á los sordos, hablar á los mudos, ver á los ciegos; á Juan Goujon, que con su cincel ha derramado todo el calor del géneo italiano por las venas de Francia; á Ambrosio

Pare, el gran cirujano; á Voltaire, el que os ha abierto el cielo del pensamiento matando á carcajadas las esfinges puestas á sus puertas para impedir el paso; á todos esos héroes del espíritu, géneos del trabajo, cuyas ideas y cuyos esfuerzos han fundido todas las cadenas, trasformando á los antiguos siervos en los nuevos ciudadanos de la ciudad eterna del derecho. Pero nada han perdonado; ya sólo quedan paredes ennegrecidas, pabellones á medio destruir, que casi se balancean al viento como los árboles; montones de hacinados escombros cubiertos de cenizas y de hollín; estatuas mutiladas sobre el rescoldo extinto; el esqueleto del monumento, como un fósil gigantesco; y para mayor tristeza, y como en son de burla, erguidas sobre la universal destrucción, las enhiestas chimeneas.

¿Cómo se habían producido aquellos incendios? Imposible reducir este punto á la exactitud matemática de verdadera reseña histórica. Pasada la batalla se hallaron en muchos edificios barricas de petróleo, materias explosibles, hacinados los elementos del incendio. Los habitantes que en París quedaron, cuentan haber visto discurrir aquellos días por las calles de dos en dos, ó de cuatro en cuatro, hasta por delante de las tropas, mujeres haraposas, tostadas, deformes como las brujas de las leyendas, llevando grandes regaderas de petróleo para verterlo por todos los respiraderos, que luego encendian con fósforos, método infernal, bastante á destruir las más sólidas viviendas. Pero el doctor Razoua y el libelista Vessimier dudan de la existencia de las petroleras y atribuyen las catástrofes y los estragos del incendio á las bombas de Versalles. No es fácil prever lo que puede dar de sí una ciudad de dos millones de habitantes en esos días de revolución. Salen al calor de los ánimos, á la alta temperatura social, seres que luego no volvéis á ver, como si sólo pudieran vivir en aquel clima artificial, bajo aquella encendida atmósfera. Así no es de extrañar que la mujer, la musa

de todas las inspiraciones, el objeto de todos los amores, la casta esposa de nuestro espíritu, la madre fecunda del humano linaje, se convirtiera, sumida en las tinieblas, ateneada por el hambre, exaltadísima en el ardor de los combates, enloquecida por los discursos de los clubs, á la hora apocalíptica del instante supremo, en la furia sangrienta que paseó por la ciudad en armas la antorcha devastadora del incendio. El pudor es una de las primeras virtudes de la mujer, y se vió á varias dormir al aire libre, sobre los colchones de las barricadas, en brazos de sus amantes; que á tales excesos llegan los tétricos días de las demencias sociales.

Días de sin igual horror. Mientras los soldados avanzan con el odio y la muerte en el alma, los insurrectos erigen sus formidables barricadas; mientras una parte de París, libre de todo terror se regocija, otra parte de París agoniza y muere. Forman como las sinfonías más infernales y los cuadros más siniestros, el gritar de unos y otros en su ira; el avance y la resistencia; las voces imperiosas de mando y el estridor de las piquetas; el largo agrio trueno de las descargas cerradas y el estampido del cañoneo; las ruinas que se desploman y los combatientes que sobre aquel terremoto se levantan; las quejas del herido y el estertor del moribundo; los muertos sembrados en las calles y los infames que se lanzan sobre ellos á despojarlos hasta de sus vestiduras, como los cuervos en los campos de batalla; las casas violadas por unos y otros, convertidas en lugares de combate, donde se asesinan cuerpo á cuerpo en medio del terror de las familias; los pobres fugitivos buscando en vano un auxilio contra la general matanza, como los naufragos en el diluvio; los degüellos bajo las bóvedas de las iglesias y al pié de los altares; los degüellos en la mansión de los muertos siempre respetada de los vivos; el fusilamiento de las mujeres y el fusilamiento de niños; las víctimas de las cóleras de unos y otros, ó ten-

didas en el suelo, despues de profanadas, escupidas, mutiladas ó colgadas como racimos de horea á los hierros de los balcones; aquí y allá, en todas las grandes arterias, en todos los sitios principales, los colosales edificios y los interminables muros de las viviendas vacilando como barcos en la tormenta, bajo la lluvia espesísima de la metralla; los obuses, los morteros, las ametralladoras, todas las máquinas de la artillería vomitando la destruccion; los techos que se desploman con estrépito sobre las bombas que revientan en mil pedazos; el aliento abrasador de los cien volcanes abiertos en los puntos más importantes de aquella babilónica capital; el insufrible hedor de los mares de petróleo en combustion; las ardientes lavas corriendo por el suelo y las espesas nubes de humo velando el sol y cubriendo los espacios; las llamas, ora en conos, ora en espirales, que despiden de su seno ya negras pavesas semejantes á tristes y agoreras aves, ó ya chispas gigantes, fragmentos candentes, aereolitos, espesa lluvia de fuego; el rio cargado de cadáveres y enrojecido por el incendio como si fuera un rio de plomo fundido, mezclado con sangre humana; algo que no ha dicho, que no ha contado jamás en los días más tristes de la historia y en las más espantables visiones de los profetas, ningun apocalipsis.

¡Oh! Ante esta gran catástrofe no nos detengamos en los instrumentos, no hablemos de las causas segundas; la historia y la conciencia nos demandan subir más arriba, subir á las causas primeras para encontrar allí el origen de esta memorable tragedia, y hoy, despues de haber estudiado con calma las piezas principales de este proceso, repito lo mismo que dije, al pié de la letra lo mismo, recientes aquellas ruinas, entre el humo de

aquellos combates, á las Córtes de la revolucion de Setiembre, con el asentimiento general de todos los diputados, que veian como yo el único culpado de aquellas infamias, el único reo de aquellos crímenes, el único autor de aquellas catástrofes en el Cesarismo y sus secuaces.

»¡Cómo! Despojo de la República; golpes de Estado, obra de una turba de Maquiavelos liliputienses y otra turba de pretorianos ébrios; veinte años de inmoralidad arriba, de servidumbre abajo; los escándalos del Imperio romano reproducidos; las peores pasiones del pueblo atizadas; proscripto el pensamiento sin escrúpulo; erigida la dictadura sin freno; decadencia en Europa; deshonor en América; guerra sin pretexto ni preparacion, en que triunfaba el partido militar de la reciente libertad; ocho batallas perdidas en un mes; la leyenda bonapartista desprestigiada; el César entregado sin honor; Waterlloo reproducido sin gloria; los esfuerzos dantonianos de Gambetta contrastados por la fatalidad; la traicion del dos de Diciembre sobreviviendo al Imperio en los muros de Metz; París caido; el caballo del Pruth relinchando bajo los arcos de triunfo á las orillas del Sena; la República despues de su triunfo nuevamente amenazada, y la sombra del feudalismo rural y de la Monarquía nuevamente extendida sobre la Asamblea de Burdeos; dos provincias desmembradas del suelo nacional; cinco mil millones de rescate prometidos; la ocupacion extranjera aceptada, y vosotros, liberales, vosotros atribuíis á la libertad esta série de catástrofes; castigo grande, sí, aunque no tan grande como la culpa de la generacion proterva que desconoció la austera virtud de la libertad, y alargó dócilmente el cuello á la coyunda infame y vil del Cesarismo.

CAPITULO CXII.

MAS CRÍMENES Y MAS HORRORES.

Despues de haber visto estas batallas en su conjunto, veámoslas en sus particularidades, y despues de haber visto la suerte de las instituciones, veamos tambien la suerte de las personas. El general que llevara el peso de todos los deberes militares en los tiempos últimos de la Comunidad fué indudablemente Dombrowski, aquel polaco de quien dijieran las mayores calumnias y á quien debian principalmente la defensa de la ciudad. A las seis de la mañana del dia veintitres cayó herido mortalmente al pié de una barricada en la calle de Myrrah. Sus gentes huian despavoridas al estruendo de la batalla, y queriendo reanimarlas, cayó atravesado de parte á parte. Recogido en unas parihuelas, y llevado á la Casa de la Ciudad, se retorcia por el camino de dolor y saltaba á los sacudimientos de espantosa agonía. Las convulsiones eran de tal manera terribles que parecia romperse su cuerpo en mil pedazos, y durante los cortos respiros que le dejaba el dolor para volver á la vida, exclamaba agitándose como un poseido ó un furioso: y aun dirán que hice traicion.

Al fin se apiadó de él la naturaleza y despues de dos horas de terribles dolores lanzó el último suspiro al aire cargado de miasmas de muerte; y el último recuerdo al seno de su desgraciada familia. Al dia siguiente, veinticuatro de Mayo, le llevaron á enterrar. Resonaba el cañon, la fusilería, la campana que tocaba aun á rebato; hervian los próximos incendios con el resuello de una fragua titánica; pasaban por las cercanías del cementerio algunos fugitivos y aun algunos heridos; el cortísimo cortejo fúnebre mostraba en su desesperacion contenida por el respeto, envidiar la suerte del que habia muerto y aun contaba con una sepultura, último consuelo negado tal vez próximamente á todos; y entre tantas emociones, alzó la voz el misántropo Vermorel para tronar, no contra la tropa que ya se acercaba furiosa al fúnebre lugar de esta luctuosa escena, sino contra los comuneros, horda, segun él, de cobardes y de borrachos, que la víspera acusaban á su jefe de traidor, y que en la hora del peligro, le abandonaban, entregándolo á la muerte, verdadero suicidio bus-